

MÁS QUE LA MÚSICA

**LORENA
PACHECO**



MÁS QUE LA
MÚSICA
LORENA PACHECO

YOUNG
KIWI

Nota de autora

Esta es una novela romántica, pero los personajes se enfrentan a algunos temas delicados como el duelo, problemas con las drogas o abuso sexual. No se trata de nada explícito, pero quisiera advertirte antes de que te adentres en sus páginas.

Espero que, si sigues leyendo, encuentres en esta historia una pizca de esperanza y la certeza de que pedir ayuda a los que te quieren no es sinónimo de debilidad, sino de una gran valentía.

Para ti, que tienes el valor de escribir tu propia melodía.

PRÓLOGO

LOS ÁNGELES.
ABRIL DE 2001

Estoy a punto de dejar sobre la barra el vaso a medio beber cuando comienza a sonar en la radio una canción que detesto y de la que es imposible librarse en esta maldita ciudad.

—Ah, joder... —Devuelvo el cristal a mis labios y apuro el contenido antes de taparme las orejas con las manos—. Que alguien cambie la emisora.

Lisa, que ya me ha llenado el vaso de nuevo, se ríe mientras tararea la dichosa melodía.

—Deberías escucharla entera. —La fulmino con la mirada y ella alza las manos—. ¿Qué? Solo digo que es muy buena.

—¿Tú de qué parte estás?

—De la tuya siempre, ya lo sabes. No he comprado su disco, aunque me encanten. Esas letras, esa voz...

—Lisa.

Mi tono de advertencia la hace poner los ojos en blanco.

—Vale, ya me callo. Los enemigos de mis amigos son mis enemigos.

—No es... mi enemigo. No es nadie —digo esto último con convicción, como tantas veces me he repetido a mí misma.

—Claro, porque lo tienes superado del todo.

—Muerto y enterrado.

Los ojos negros de mi amiga me escudriñan, divertidos.

—Y por eso reaccionas así cada vez que escuchas su voz.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Qué madura.

La canción sigue sonando. Hay un tipo en una de las mesas que la canta en voz alta. Tengo que reprimir las ganas de levantarme y gritarle que cierre la puta boca.

En su lugar, cuento mentalmente hasta diez, pero la música sigue vibrando. Su voz se me pega a la piel, y la forma en que rasga las cuerdas de su estúpida guitarra.

Una imagen demasiado nítida se forma en mi cabeza. Da igual los años que hayan pasado, sigo acordándome de cada detalle.

Gruño de pura frustración.

—¿Cuándo coño se acaba esta tortura?

Me sobresalto en el momento en que Josh se deja caer sobre el taburete de al lado.

—¿Qué tortura?

—Morgan odia esta canción.

Nuestro amigo alza las cejas, incrédulo.

—¿En serio? A mí me parece buenísima.

Lisa se carcajea en mi cara. Estoy a punto de levantarme y dejar plantados a mis amigos, pero ha comenzado a sonar *Ironie* de Alanis Morissette. La rabia se va apagando como un cigarrillo olvidado y yo vuelvo a recuperar la compostura.

—Esto sí es buena música —replico de mejor humor.

Josh se encoge de hombros.

—No está mal, aunque yo prefiero la anterior. ¿Sabéis que el grupo viene a Los Ángeles en un mes para el último concierto de su gira?

Lisa tuerce una sonrisa y me mira.

—¿No me digas?

—Podríamos ir —sigue Josh, ajeno a mi drama interior—. Morgan, sé que no te gusta esa canción, pero a lo mejor cuando los veas en directo y escuches el resto de...

Se me escapa un ¡ja!, que intento camuflar con una tos.

—Me temo que ese fin de semana estaré fuera y/o enferma.

Enferma, seguro, sabiendo que cierta persona está de vuelta.

Mi cabeza ya empieza a buscar distintas opciones para la fecha en cuestión, que impliquen estar a muchas millas de ese concierto.

Josh sacude la cabeza, pero sonrío.

—Entendido.

No, en realidad él no lo entiende. No puede, puesto que tampoco se lo he explicado. Lisa es la única que sabe lo que pasó. Ella lo vivió conmigo.

Para el resto del mundo, el vocalista de esa banda tal vez sea una estrella del *rock* más. Alguien con talento para la música y con una voz sexi, que acapara portadas de revistas para adolescentes.

Pero para mí, siempre será el chico que me rompió el corazón.

PARTE UNO

1998

LAS ALMAS HERIDAS SE ATRAEN

CAPÍTULO 1

RIVER

La conocí una tarde de abril por pura casualidad. Freddy siempre habla de destino, pero no creo en esas mierdas místicas. No hay una fuerza divina que cruce los caminos de las personas o que consiga que vuelvan a unirse después de haberse alejado tanto.

Recuerdo que el reloj del garaje marcaba las cuatro cuando Cole dejó de tocar el bajo con un gruñido exasperado.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, apartando el micrófono de mi boca.

—Has entrado tarde otra vez —acusó a Freddy—. ¿Es que no sabes contar?

El batería apretó los dientes.

—No te lanzo las baquetas a la cabeza porque son mis favoritas —replicó—. He entrado a la de cuatro, como las últimas veinte veces. River, díselo.

No me dio tiempo a decir nada, porque Cole estaba preparado para seguir disparando.

—¿Eso era a la de cuatro? No me jodas.

—No, no me jodas tú. ¿Se puede saber por qué estás tan insoportable hoy? Más de lo normal, quiero decir.

—¿Yo estoy insoportable, don no acepto ni una maldita crítica?

Empezaron una de sus discusiones sin fin, así que me llevé los dedos a la boca y silbé con fuerza. Se callaron en el acto.

—Vale, tíos, creo que es hora de tomarnos un descanso. —Me pellizqué el puente de la nariz y suspiré, frustrado—. Estamos todos agotados y esto... no funciona. Nos falta algo y no sé qué es.

Freddy y Cole intercambiaron una mirada antes de dejar sus instrumentos y asentir, con los ceños más relajados que hacía unos segundos.

—Tienes razón —comentó el primero. Se frotó la cara con ambas manos—. ¿Dónde queréis ir? Yo tengo hambre.

—Yo también —coincidió Cole—. ¿Qué tal al Kinney Boulevard?

Enarqué una ceja y lo miré.

—Hay una pizzería que te encanta aquí al lado, ¿y quieres ir hasta Venice Beach?

—Ya sabes cuánto me relaja mirar el mar.

Freddy chasqueó la lengua.

—No, el del mar es River. Tú lo que quieres mirar es otra cosa.

Cole se encogió de hombros.

—¿Qué hay de malo en alegrarnos un poco la vista? No es por ofender, pero estoy hasta los huevos de ver vuestras caras todo el día, colegas.

Al final, una baqueta de Freddy le dio en la espalda.

—¡Eh! ¿No las apreciabas tanto?

—Pues imagínate lo que te desprecio a ti ahora mismo para habértelas tirado.

Me reí y negué con la cabeza. Eran ya unos cuantos años acostumbrado a sus gilipolleces.

—Anda, vamos.



El paseo era un hervidero de gente de lo más variopinta. Patinadores y *skaters* que, con toda seguridad, se dirigirían al Venice Skate Park; tíos cachas que salían del famoso Muscle Beach —y algún que otro abuelo con más músculos que Schwarzenegger—, críos con helados, familias con perros, chicas y chicos con toallas de mil colores...

Normalmente, me resultaba algo asfixiante cruzarme con tantas personas, pero aquel día me sirvió para distraerme. De no haber sido por mis amigos, era probable que yo hubiera seguido tocando hasta el anochecer. Suelen decirme que no tengo límite, y tienen razón.

Pero me venía bien aquello, en especial por el mar que tenía a mi izquierda. Su olor, el sonido de las olas rompiendo en la orilla... Todavía, a día de hoy, no hay nada que me calme más que eso.

—Tíos, ¿habéis visto cómo me mira la chica de la tienda de camisetas?

Freddy soltó un bufido.

—¿Vas a decir lo mismo cada vez que te la cruces?

—Es que está muy buena.

El batería alzó las cejas.

—Las he visto mejores.

Cole se rio y se colgó de su cuello para revolverle el pelo rubio.

—Puto envidioso.

—¡Quita, imbécil! —Freddy lo apartó de un empujón y se alisó la camiseta que el otro le había arrugado.

El bajista se echó el aliento en la mano.

—Allá voy.

—Espero que la chica le baje los humos —murmuró Freddy.

Le pasé un brazo por los hombros y sonreí.

—Anda, déjalo con su complejo de Dylan McKay y vamos a por algo de comer.

Mi colega soltó una carcajada, como cada vez que utilizaba esa referencia de *Sensación de vivir* para referirme a Cole y su complejo de tío malote.

Aún siento un cosquilleo en el estómago cuando pienso en lo que sucedió a continuación. En lo que sentí cuando el viento de primavera arrastró hasta nosotros una melodía que se me clavó en el centro del pecho, casi tan profundo como la voz que la acompañaba.

CAPÍTULO 2

MORGAN

Hacía un par de semanas que habíamos dejado atrás Nuevo México para mudarnos a aquella ciudad, que se me antojaba enorme y extraña, por una promesa vaga de un charlatán con el que mi madre había dormido un par de veces.

Si querías ser alguien en el mundo del cine, mejor hacías las maletas y venías a Los Ángeles, la tierra de las oportunidades. O la de las decepciones. Mi intuición me hablaba más de las segundas.

El caso es que me había tocado cambiarme de instituto de la noche a la mañana y, aunque yo no había sido nunca demasiado popular, me había encariñado de mi rutina solitaria en aquellos pasillos deprimentes.

Pero la vida supone adaptarse constantemente a los cambios, así que había puesto mi mejor cara y había hecho el equipaje para seguir a mi madre en la búsqueda de su sueño de ser actriz.

Me habría encantado estar más cerca del mar, pero solo nos habíamos podido permitir alquilar una casita sencilla en la zona de Inglewood. Aunque no me quejaba, pues todo eso era gracias a la herencia de la abuela.

Lisa era la única que se había acercado a mí en el nuevo

instituto, cosa que me había extrañado desde el principio y me había hecho desconfiar. No era la jefa de las animadoras, pero se la veía bastante sociable y siempre rodeada de gente. ¿Por qué se acercaba a la solitaria chica nueva? ¿Quería reírse de mí? ¿Había perdido una apuesta?

Todas las películas de adolescentes habían venido a mi mente en aquel momento, buscando la respuesta.

Pero resultó ser más sencillo que todo eso: Lisa era buena persona. Extrovertida, alocada, y se había mudado hacía apenas tres meses desde San Francisco. Sabía lo difícil que era ser la nueva y había decidido ponérmelo más fácil.

—¿No se enfadarán tus amigas porque almuerces conmigo todos los días? —le pregunté después de la primera semana.

Ella se encogió de hombros.

—No son mis amigas, solo un grupo de gente con el que me junto para divertirme.

—¿Y cuál es la diferencia?

Ella me guiñó el ojo antes de darle un bocado a su sándwich.

—Pronto lo sabremos.

Y lo supimos. Porque nos juntábamos para divertirnos, pero también lo hacíamos para ayudarnos con los exámenes o compartir preocupaciones. Acabé hablando de ella, de sueños y miedos que, hasta entonces, solo habían estado en mi cabeza. Y, desde ese momento, ha estado presente en cada acontecimiento importante de mi vida.

Como el día en que conocí a River.

Lisa y yo habíamos extendido una toalla en la arena.

Ella se había hecho con un par de batidos y acababa de cerrar los ojos mientras la luz del sol se derramaba por su piel oscura, dándole una textura aterciopelada.

Yo tarareaba una melodía que aún no tenía letra, mientras rasgaba las cuerdas de la vieja guitarra de mi abuela. Me había sentado de cara al mar para que el viento me apartara el pelo y no me molestara al tocar.

—Esa canción suena genial, Morgan.

—Gracias, aunque aún no llega ni a canción. Ni siquiera tengo letra.

—¿Y el poema del hombre que se marcha en el barco para no mirar atrás?

Una punzada me atravesó el estómago. Ese poema había sido una vía de escape, pero no era algo de lo que me gustara hablar.

—No sé...

Hizo ruido con la pajita al apurar el batido.

—Bueno, no tienes que decidirlo ahora. De momen... Vaya.

Sus ojos volaron por encima de mi cabeza mientras soltaba el vaso vacío y se pasaba sus trenzas por el hombro de forma coqueta.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—No te gires, pero hay un chico guapísimo que te está mirando.

Pero no le puedes decir a alguien que no se gire, mientras pones cara de idiota, porque, a ver, esa persona se va a girar. De la forma más disimulada posible, pero va a ocurrir.

Y eso hice, solo que mis ojos se encontraron con los de aquel chico de inmediato y ya no pude apartar la mirada.

Él debió de tomarlo como una invitación, porque se acercó hasta la arena con su amigo y una sonrisa que me puso el estómago del revés.

—Suenas increíble.

Sus primeras dos palabras. Sus primeras dos balas en el centro de mi pecho.

—Gracias —murmuré.

Sus ojos verdes bajaron hasta mis dedos, que se habían aferrado a las cuerdas de la guitarra. Los relajé y escondí las uñas, avergonzada por si se percataba de los restos de pintura que había en ellas.

—Ha sido... —El chico cerró los ojos unos segundos. Aproveché para fijarme en sus rasgos. En su mandíbula marcada, su piel bronceada y ese pelo castaño oscuro que acabaría acariciando más tarde—. Nos vendría bien algo así, ¿verdad, colega? Algo fresco, más suave. Más... orgánico.

Mis ojos bajaron a su camiseta sin mangas, a los pantalones vaqueros de los que colgaba una pequeña cadena metálica. Él se había girado para preguntarle al chico rubio que se había quedado algo atrás. Era un poco más alto y más esbelto, y llevaba una camiseta naranja que pegaba con el atardecer.

—Este tampoco está mal —susurró Lisa a mi derecha. Le di un codazo y sonreí con timidez.

—Me ha gustado, aunque dudo que ninguno de los tres podamos llegar a ese tono —bromeó el rubio. Si había escuchado a mi amiga, lo disimuló muy bien.

La risa del primero me erizó el vello de la piel.

—Cierto. —Esos ojos verdes se clavaron en los míos. Sentí que mi corazón se saltaba un latido y que la capacidad de hablar me abandonaba por momentos—. Tenemos un grupo de música. ¿Te plantearías vendernos los derechos de esa melodía?

Parpadeé varias veces.

—¿Perdón?

—¡Tía, tu primera canción vendida! —exclamó Lisa, entusiasmada. Le había contado mis aspiraciones a compositora.

—No voy vendiendo mi música a cualquiera.

Quizá aquella frase me quedó más soberbia de lo que pretendía.

—Ni a cualquiera ni a nadie —masculló mi amiga.

La fulminé con la mirada y, cuando me volví hacia el chico moreno, vi que torcía una sonrisa. ¿Qué se había creído?

—No os ofendáis, pero no sé ni quiénes sois —respondí, más borde que antes.

—Eso tiene solución —dijo él, extendiendo una mano. Me fijé en el anillo negro que llevaba en el dedo índice y en las dos pulseras que rodeaban su muñeca. Una de plata, otra formada por pequeñas bolas azules de plástico—. River, vocalista y guitarrista de The last flame.

Y en el momento en que nuestras pieles se rozaron, el estómago me dio un vuelco y dejé de escuchar todo lo que tenía a mi alrededor, como si una burbuja nos hubiera envuelto solo a los dos.

—Morgan —respondí. Alzó una ceja—. ¿Qué pasa?
¿Algún problema?

—Yo no, ¿y tú? Has arrugado la nariz al decir tu nombre.
Lisa se rio a mi lado.

Yo me solté de la mano que aún sujetaba y volví a dejar la mía sobre la guitarra. No iba a ponerme a explicarle a aquel desconocido que no era muy *fan* de mi propio nombre.

—Yo soy Lisa.

—Freddy, el batería del grupo.

—Y yo, Cole, el bajista. ¿Qué me he perdido?

Había aparecido un tercer chico, vestido completamente de negro, con una pulsera de púas y un aire de *bad boy* que tiraba para atrás. El suspiro de Lisa casi me hizo reír.

—Cole, estas son Morgan y Lisa —nos presentó River—. Estamos intentando hacer negocios con ellas.

—Entonces llego en el momento perfecto. —Cole torció una sonrisa con chulería y miró a mi amiga de arriba abajo por encima de las gafas de sol—. ¿Has salido alguna vez con una estrella del *rock*?

—Por favor... —masculló Freddy.

Pero Lisa parecía encantada con la atención que estaba recibiendo. Cole había bajado a la arena y se había acuclillado frente a ella.

—¿Qué vais a hacer luego?

La *groupie* que tenía a la derecha se mordió los labios rojos de forma... ¿sexí? Dios mío.

—¿Qué propones?

Cole le dijo algo al oído. Ella soltó una risita de lo más ridícula.

Mis ojos buscaron entonces los de River, que ya me estaban esperando. Tragué saliva.

—¿Dónde aprendiste a tocar? —Señaló con la barbilla la guitarra.

—Mi abuela me enseñó lo principal —respondí, acariciando el nombre que había grabado en la madera.

—Parece que te enseñó bien.

Noté el rubor apoderándose de toda mi cara.

—He dicho en serio lo de la melodía. —Se sentó en el suelo, de cara a nosotras. Freddy hizo lo mismo—. Estamos trabajando en una canción nueva, pero nos falta algo.

—¿Y crees que ese algo es... esto? —pregunté, bajando la vista a mi guitarra.

—Sí.

Me impactó su convicción. Desvié la vista hacia Freddy, que me dedicaba una sonrisa amable.

—Ni siquiera está terminada —repuse.

—En eso podemos ayudarte —continuó el vocalista—. ¿Por qué no vienes a nuestro estudio y te enseñamos lo que hacemos?

Más tarde, Freddy me confesaría que la desconfianza que había mostrado mi cara en aquel momento le había resultado de lo más graciosa.

—Pues... no sé, la verdad.

—Te prometo que no es ninguna broma y que no estamos intentando ligar con vosotras —dijo el rubio. Luego desvió la vista hacia Cole—. Bueno, él sí.

Pero River seguía mirándome solo a mí.

—¿Qué me dices, Morgan?

No sé si fue la forma en que pronunció mi nombre, el magnetismo de sus ojos verdes o la pasión que podía intuir en su voz, pero estaba a punto de aceptar cuando mi amiga se me adelantó.

—Te dice que sí, por supuesto. —Lisa se puso en pie y se sacudió la falda de arena—. ¿Dónde vamos?

CAPÍTULO 3

RIVER

Incluso por aquel entonces, solía estar orgulloso y bastante seguro del potencial de nuestra música, pero cuando Morgan entró por primera vez en el garaje de Freddy...

Joder, de repente sentí la necesidad de no decepcionarla.

Es cierto que me interesaba conseguir esa melodía, pero desde una perspectiva más básica, solo era un chico que quería impresionar a la chica que le había llamado la atención.

—Vaya... Lo tenéis bien montado —comentó Lisa al entrar—. ¿Por qué tanta madera?

—A los dos días de empezar a tocar aquí, mi padre llegó con los tablonos para insonorizarlo —explicó Freddy.

—Así que estamos con unos desconocidos en una habitación insonorizada, con la puerta cerrada y sin una mísera ventana —observó Morgan. Luego miró a su amiga—. Creo que nuestras madres estarían orgullosas de nuestro sentido común.

Su sarcasmo me hizo reír.

—Lo siento —dije cuando me miró con la ceja enarcada—. No vamos a haceros nada. La madera, en realidad, apenas funciona y todo el vecindario escucharía vuestros gritos.

Mi intento de bromear provocó que la chica sonriera un poco, cosa que me alivió. Se apartó hacia un lado su larga melena castaña.

—Me quedo más tranquila.

Lisa y Cole se sentaron en el viejo sofá marrón.

Morgan rodeó los instrumentos con lentitud, fijándose en los detalles, y aproveché que Freddy le estaba enseñando sus amadas baquetas para recoger el desastre de papeles que yo había dejado en la mesa de plástico que utilizaba cuando quería componer.

—Tenéis un teclado —comentó de pronto ella—. ¿Quién de vosotros lo toca?

—Ninguno.

—Una lástima —se lamentó—. Puede aportar mucho.

—¿Tú sabes tocarlo?

Se encogió de hombros.

—Me defiendo.

Me acerqué, interesado.

—¿Tu abuela?

—Tenía un piano en su casa, pero mi madre lo vendió cuando murió.

Noté la decepción en su voz.

—Al menos pudiste conservar la guitarra —comentó Freddy.

Ella sonrió con cierta tristeza.

—Me salió caro, pero sí.

—¿Cómo de caro? —me sorprendí preguntando. Quería saber más de aquella chica—. Vale, no es asunto nuestro.

—Tranquilo. —Sus dedos acariciaron las teclas polvorientas despacio y yo me pregunté qué se sentiría al recibir esa caricia—. Tuve que aparentar que me parecía bien dejar toda mi vida atrás y venir aquí.

—Y... está claro que no es así —me atreví a decir—. No te gusta Los Ángeles.

Esos ojos oscuros me miraron divertidos.

—Tampoco está tan mal.

—Claro que no —soltó de pronto Lisa—. Mírate, hace dos semanas que dejaste Nuevo México y ya nos tienes a mí y a la próxima banda de *rock* revelación del país de tu parte.

—Tu amiga tiene razón —dijo Cole. Abrió los brazos para acomodarse en el sofá y alzó la barbilla, orgulloso—. Y esto no ha hecho más que empezar.

Morgan puso los ojos en blanco, pero sonreía cuando dio la espalda a esos dos para mirarme.

—¿Y qué música decís que tocáis exactamente?

—Supongo que podemos decir que el origen es el *garage rock*.

—¿*Rock* de garaje? Muy apropiado.

—Aunque tal vez sea más apropiado hablar de *punk rock* o *rock* alternativo en general. Solemos utilizar estructuras de acordes básicas, secuencias de notas octavas y quintas, amplificadores para...

Cole fingió un ronquido.

—Tío, vas a conseguir que se larguen.

Me rasqué la nuca, cohibido.

—Perdón.

—No tienes por qué disculparte —dijo Morgan con

rapidez, lanzándole una mirada reprobatoria al bajista—. No entiendo demasiado de géneros, pero... ¿algún referente musical que pueda conocer?

—¿Nirvana? ¿Blink-182? —respondió Cole—. *Nevermind* será siempre el mejor puto álbum de la historia. Hasta que podamos grabar el nuestro, claro.

—Reconozco que no lo he escuchado.

Mi colega abrió la boca, incrédulo.

—¿En serio? ¿Y qué música escuchas?

—No sé... Los Backstreet Boys, Aqua, las Spice Girls...

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Por favor, no sigas.

—... Linkin Park, Michael Jackson, No Doubt... —Cole la miró, esperanzado. Ella se encogió de hombros—. No tengo un grupo favorito.

Él le guiñó un ojo con chulería.

—Bueno, pues ya tienes aquí a The last flame. La última llama de esperanza, de resistencia, de lujuria... De lo que tú quieras.

—¿Estáis trabajando en una maqueta o algo así? —quiso saber Lisa que, de repente, estaba en su regazo—. Habéis dicho que esto era un estudio, pero no veo mesa de mezclas ni nada con lo que poder grabar.

Freddy lanzó las baquetas al aire de forma distraída.

—Estamos ahorrando para poder comprar lo básico. Mientras, ensayamos y damos forma a las canciones.

—Intento darle más profundidad a las letras, buscar melodías más complejas y huir a veces de las distorsiones de los amplificadores —continué yo de cara a Morgan—. Me

gusta lo electrónico, pero al escucharte antes... Creo que nos vendría bien algo más natural con lo que fusionarnos.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Podemos ver una muestra?

—¿Quieres... que toquemos ahora?

—Si voy a plantearme la posibilidad de trabajar con vosotros, tengo que saber de lo que sois capaces.

Esas palabras fueron gasolina para mí. El pulso se me disparó antes de coger la guitarra con una mano y la púa con la otra.

—Prepárate para alucinar, nena. —Escuché que decía Cole.

—Menos hablar y más tocar, cariño —respondió Lisa.

Esa clase de provocaciones lo motivaban, así que cuando cogió el bajo, supe que iba a dar todo lo mejor de sí.

Me aclaré la garganta antes de ponerme frente al micrófono. Los dedos volaron solos sobre las cuerdas de la guitarra, acostumbrados a la coreografía que llevaban días repitiendo. Freddy levantó las baquetas y las golpeó para marcar el *tempo*. Cerré los ojos un momento y comencé a cantar las primeras estrofas de *Lost in the woods*.

*I felt a shadow inside of me
A scared boy in the dark
My head, a place where I can't see
My soul engraved with a mark*

Había cantado esa canción para una chica sin rostro hasta aquel momento, pero tenía a Morgan delante de mí

y... joder, eso fue pura magia. Por estúpido que pudiera parecer, sentí en cada fibra de mi ser que la letra hablaba de ella.

*It was your light that brought me back
Under my feet a fixed crack
Your eyes showed me the way
At last I know with you I'm safe*

El ritmo de Freddy era frenético. Cole se estaba luciendo como nunca. Y yo... Yo me entregué con el alma a aquella actuación, como si estuviéramos tocando para un estadio, en lugar de para dos chicas que acabábamos de conocer.

Tener público nos hacía ser mejores.

Las dos rompieron a aplaudir cuando terminamos.

Lisa incluso ahuecó las manos alrededor de la boca y lanzó varios gritos. Cole la alzó en el aire para celebrarlo.

Yo me acerqué a Morgan.

—¿Y bien? —pregunté, todavía con la respiración agitada.

Se humedeció los labios carnosos antes de hablar.

—Sois buenos —admitió—. Muy buenos.

Mi pecho se hinchó de puro orgullo, pero no se me olvidaba el motivo por el que la había invitado a venir.

—¿Alguna recomendación para ser mejores?

—No soy experta en música, pero, si lo que buscas es algo más orgánico... —Cogió su guitarra—. Freddy, ¿puedes darme el ritmo, por favor?

Mi amigo obedeció y volvió tras su batería.

—River, canta el estribillo y te sigo.

Tragué saliva. Nunca había cantado con nadie que no fueran mis amigos.

Comencé a entonar, pero enseguida fui yo el que trató de adaptarse a su cadencia pausada. Abrí los ojos por la sorpresa y sentí que ambos fluíamos en la misma dirección. Freddy y yo intercambiamos una mirada cómplice y mi mente se abrió a otras posibilidades.

—No digo que suene mejor que antes —dijo al terminar, algo cohibida—, pero me encanta el matiz que adquiere tu voz al cantar más lento.

Cole, que me observaba con una sonrisilla acusadora, dio un paso al frente.

—Tío, ella quizá no lo diga, pero yo sí. Ha sonado mejor que antes.

—Mi chica tiene talento —soltó Lisa, colgándose del brazo de su amiga con orgullo.

Intercambié una mirada con mis amigos y me di cuenta de que sabían perfectamente en qué estaba pensando.

Tragué saliva y me lancé.

—Morgan, ¿tocarías esta canción con nosotros en público?